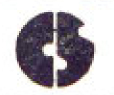
Los jóvenes hablan sobre Martí

Referencia bibliográfica: Herrera, A. 1985. El Meñique de José Martí: algo más que una traducción. En: Los Jóvenes hablan de José Martí, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, p. 85-131.

Los jóvenes hablan sobre Martí

PONENCIAS DEL XII SEMINARIO JUVENIL DE ESTUDIOS MARTIANOS

EDICIONES POLITICAS



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1985

EL «MEÑIQUE» DE MARTÍ: ALGO MÁS QUE UNA TRADUCCIÓN

Alejandro Herrera Moreno
Provincia Habana

Introducción

Continuando nuestra línea temática de análisis individual de los artículos de *La Edad de Oro*, que comenzamos con «Un juego nuevo y otros viejos» (1981)[1] y continuamos con «Las Ruinas Indias» (1982),[2] presentamos en esta ponencia el análisis del cuento «Meñique».

Esta narración, de diez cuartillas de extensión y dos láminas, dividido en siete partes, apareció con el primer número de *La Edad de Oro*, como adaptación de un cuento del francés Edouard Rene Lefebvre de Laboulaye. El cuento francés en cuestión es el titulado «Pulgarcito» (*«Poucinet»*),

[1] A. Herrera y L. García: «Análisis del artículo "Un juego nuevo y otros viejos"» (ponencia inédita en el XI Seminario Nacional Juvenil de Estudios Martianos).

[2] A. Herrera y L. García: «Análisis del artículo "Las ruinas indias"», en prensa, *Revista de la Universidad de La Habana*.

publicado por su autor, junto a otros, en su libro *Cuentos azules (Contes bleus)*, en París, en 1864.

Debe aclararse, por haber sido motivo de confusión incluso entre los investigadores, que este «Pulgarcito» no es igual al cuento homónimo de Charles Perrault, «*Le Petit Poucet*», publicado en 1667, del cual difiere totalmente en argumento, si bien guarda la moraleja sobre la sabiduría del pequeño personaje.

Para nuestra investigación empleamos un original en francés del cuento «Pulgarcito» publicado en una reedición parisina de los *Cuentos azules*, de 1930, y nos trazamos como objetivo fundamental la comparación de la versión francesa de Laboulaye con la hispana de Martí, a fin de poner de relieve los valores de la adaptación martiana.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en este tema se impone hacer una breve incursión en tres aspectos relacionados con él. En primer lugar expondremos algunas notas sobre la figura de Laboulaye y su relación con Martí. Seguidamente analizaremos los valores principales del cuento francés, que en nuestro juicio puedan haber llevado al Maestro a tomarlo como opción, dentro de la rigurosísima selección que sin duda alguna hizo de todos los materiales a presentar en su obra a los niños. Por último veremos algunas ideas martianas sobre la labor de traducción, a partir de las cuales explicaremos la metodología que sirvió de base para la comparación de ambos cuentos.

Algunas notas sobre Laboulaye y su relación con Martí

En el trabajo de Boris Lukin acerca de la versión martiana «El camarón encantado», puede leerse la siguiente reseña biográfica:

«Eduardo Rene Lefebvre de Laboulaye (1811-1883) era un destacado periodista, pedagogo y hombre público de tendencia liberal, que se manifestaba contra la política del Segundo Imperio y por la libertad de culto, de prensa y de instrucción. Su ideal político eran los Estados Unidos de América. Fue autor de innumerables obras, entre ellas una sátira contra Napoleón, traducida a otras lenguas, incluyendo el español (por el escritor argentino Juan María Gutiérrez). Laboulaye fue quien escribió el prólogo para el libro *Reformas de las islas de Cuba y Puerto Rico*, del luchador por la independencia de las colonias españolas y cónsul en París de la República de Cuba en armas, Porfirio Valiente Cuevas.» [3]

En relación con el mencionado prólogo es interesante destacar que Laboulaye se manifiesta de forma clara contra el Gobierno colonial español, señala el terrible sistema de opresión y explotación implantado por la metrópoli en sus colonias y da pleno apoyo a las demandas de los criollos. Veamos como ejemplo cuando dice: «He aquí el régimen colonial de España. Se ha definido justamente: "El despotismo militar más absoluto como

[3] B. Lukin: «Versión martiana de un cuento popular de Estonia», en *Acerca de la Edad de Oro*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1980, p. 337.

sistema político, todos los horrores del mundo moral como sistema social y la explotación más sórdida como sistema económico." La sentencia puede parecer severa para aquellos que no han estudiado los hechos, pero por desgracia es y seguirá siendo justa.»[4]

Las referencias que encontramos sobre este autor en la obra martiana están relacionadas con la vida política y literaria francesa. En su artículo «Revista extranjera», publicado en la *Revista Universal*, en México, en abril de 1875, dice: «Después de la sesión trascendental en que se envolvía la situación futura de Francia, y en que a un punto tal de cordura llevó los ánimos la palabra *a la par viva y práctica de Laboulaye*. . .»[5]

En su artículo en francés titulado «La semana en París», escrito posiblemente en 1890 para *The Sun*, de Nueva York, comenta: «En esto, sin duda, pensaban los generosos artistas, los esclarecidos hombres de letras que acaban de reunirse para fundar una casa de retiro y de salud donde los pobres soldados del talento, los genios ahogados, los trabajadores cansados, los escritores, los pintores gastados sin provecho en su oficio, vendrán a calentar su vida tramontante al sol de la amistad. Detalle y Génome, *Laboulaye* y Charles Blanc son los patrones de esta noble fundación.»[6]

[4] P. Valiente: *Reformes de les iles de Cuba et de Porto Rico*, E. Imp. Centrale des Chemin de Fer, Paris, 1869 (Prólogo E. Laboulaye), p. 12.

[5] José Martí: *Obras completas*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, T. 4, p. 15.

[6] Ídem. T. 15, p. 224.

La figura de Laboulaye aparece relacionada frecuentemente con Norteamérica. Se conoce, entre otros aspectos, que dejó escrito un libro sobre la «Historia política de los Estados Unidos» y fue presidente del Comité de Unión Franco-Americana para la celebración del centenario de la independencia de ese país, en 1875.[7] Martí lo menciona varias veces entre los franceses participantes en la donación de la Estatua de la Libertad, acto al cual el Maestro concedió gran importancia simbólica. Al respecto dice, en una de sus «Noticias de Francia», desde *La Opinión Nacional*, en Caracas, en noviembre de 1881: «En la tarde del día 24, distinguidos americanos y franceses se reunían en el taller de M. Gaget Gauthier, y oían *las palabras profundas de Laboulaye*, el francés que ama a América, y veían al Ministro de los Estados Unidos clavar solemnemente el primero de los clavos que remata la piedra primera de las planchas que han de unir a su pedestal de dura piedra la estatua majestuosa. . .»[8]

En estas breves notas se ponen de manifiesto algunas facetas de este personaje, que pueden haber contribuido a su acercamiento por parte del Maestro. Laboulaye era una figura importante en el mundo político y literario francés. Hombre de ideas progresistas en su tiempo y en su medio, se proyectó incluso a favor de las ideas anticoloniales de las causas cubana y puertorriqueña. Se

[7] Anónimo: *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, Ed. W. M. Jakson, C. H. Simonds, Co. Impresores, Boston, s. f., T. XII, p. 463.

[8] Martí: Ob. cit., p. 14, p. 180.

suma a este valor de sus narraciones infantiles, hecho que también debe haber valorado profundamente Martí, y acerca de lo cual puede señalarse un comentario que acompañó su traducción del cuento titulado «La noche de San Marcos», tomado de una leyenda estona: «Laboulaye, que en los últimos tiempos ha adquirido fama por sus cuentos literarios y políticos, además de su sólida fama como jurista, historiador y periodista, inserta para los festejos navideños en el *Journal des Débats* uno de sus encantadores cuentos, *infantiles por la forma y profundamente filosóficos por su contenido.*» [9]

Y precisamente, sobre los elementos valiosos de su cuento «Pulgarcito», que es el que nos ocupa en particular, trataremos en el siguiente epígrafe.

Valores fundamentales del cuento «Pulgarcito»

Un análisis detallado del cuento francés pone de manifiesto dos aspectos relevantes que deben haber sido los que más llamaron la atención de Martí, bien fuera para presentarlos en su forma original, como potencialmente adaptables dentro de sus precisos y bien determinados propósitos educativos. Son ellos los contrastes de clases sociales implícitos en el cuento y su carácter claramente antimonárquico, y la presentación de tres tipos humanos.

Respecto al primer aspecto no es necesario hacer comentarios, siendo bien conocidos los propósitos de reivindicación social de *La Edad de Oro*, es claro que cualquier tema que pudiera ser utilizado para tocar el tema de las clases sociales y más, para desjerarquizar formas de gobierno autocráticas y caducas como las monarquías, serían bien recibidos por Martí.

[9] Lukin: Ob. cit., p. 342.

En relación con el segundo aspecto, los tipos humanos, comencemos señalando que la incursión en este tema dentro de la literatura para niños tiene sus antecedentes en Charles Perrault (1628-1703) y, al respecto, Alga Marina Elizagaray señala: «Perrault es un maestro en el conocimiento y manejo del alma humana y sus altibajos; por ello es que los cuentos trascienden el estrecho contexto monárquico feudal de la época en que surgen como obra literaria. El resultado: un clásico universal para todas las edades, un muestrario de tipos humanos símbolos de virtudes y defectos fundamentales.» [10]

Esta línea es continuada por el también francés Laboulaye, quien en su cuento «Pulgarcito» presenta tres actitudes diferentes ante la vida en sus tres personajes principales: Pedro, Pabilo y Pulgarcito, cuya actuación y destino final están en justa concordancia con lo que representan, e incluso sus cualidades físicas está en plena consecuencia con sus cualidades morales.

Una breve síntesis de algunos instantes de cada personaje en el cuento francés es bien demostrativo de ello:

PULGARCITO es malicioso y blanco como una mujer. Está siempre activo, investigándolo todo y

[10] Alga Marina Elizagaray: *Niños, autores y libros*, Ed. Gente Nueva, La Habana, 1981, p. 9.

queriendo saber el por qué de todas las cosas. Su insaciable interés de conocimientos lo lleva a descubrir los elementos encantados (el hacha, el pico y la cáscara de nuez) que le permitirán vencer las pruebas impuestas por el rey. Se preocupa por sus hermanos cuando gana el favor del monarca, a pesar de la mala actitud de éstos. Con su astucia e inteligencia vence al gigante, vence las pruebas que le pone la princesa y logra casarse con ella. Sucede a su suegro en el trono y se gana el cariño de su esposa y de la corte entera con su talento y bondad.

PEDRO es gordo, grande, colorado y estúpido. Ante el interés de conocimientos de Pulgarcito, le insiste en que no se esfuerce por gusto, que no vale la pena, pero no es despectivo con su pequeño hermano, aunque por su falta de criterio secunda al envidioso Pablo en sus burlas. Sin embargo, en el fondo es un personaje noble, reconoce y se alegra de los éxitos de Pulgarcito ante las pruebas del rey y habla muy bien de éste al monarca. Cuando su hermano parte al bosque del gigante, él queda llorando, pero no es capaz de acompañarlo. Este hecho ocurre en el inicio de la IV Parte del cuento y es la última vez que se menciona a Pedro. Así acaba el personaje, no hay nada destacable al final de su vida, en concordancia con su actitud pasiva e indiferente.

PABLO es flaco, cetrino, envidioso y perverso. Ante el afán de conocimientos de Pulgarcito es despectivo, grosero y burlesco. Como él lo da todo por sabido, le molesta el insistente interés de su pequeño hermano. No reconoce sus éxitos al vencer las pruebas impuestas por el rey y es quien sugiere al deshonesto monarca que envíe a Pulgarcito a buscar al gigante para, de esta forma, librarse de él. Al inicio de la IV Parte del cuento se menciona que este personaje queda riendo cuando su hermano parte al bosque del gigante y sólo vuelve a aparecer en el final de la VII Parte, feliz de ser sordo y deseando además ser ciego, para no ver ni oír la felicidad de Pulgarcito. Su final es terrible, en justa consecuencia con su actitud egoísta y envidiosa; se fue al bosque para no compartir la felicidad ajena y los osos se lo comieron.

Este hecho, al parecer, no fue pasado por alto por Martí, quien quizás consideró valioso este cuento para llevar a los niños tres actitudes ante la vida y, lo que es más importante, una enseñanza de cómo lo que se obtiene está en justa correspondencia de cómo se actúe. Más aun, esta generalización sobre los tipos humanos coincide con lo que al respecto aparece numerosas veces en distintas partes de la obra martiana. Comencemos con sus notas sobre el libro *Registro de las facultades de la familia*, del inglés Francis Salton, publicadas en *La América*, en Nueva York, en mayo de 1884. Criticando este libro que hiperboliza unilateralmente el valor del factor hereditario en las cualidades de la descendencia, dice Martí:

«Observando a los hombres, se ve que no es cada uno una entidad definitivamente aislada y con un carácter exclusivo, que venga a ser una combinación original de los elementos humanos

comunes; sino un *tipo de una de las varias especies en que los hombres se dividen*, según exista en ellos dominante el amor de sí, o no exista, o coexista con el amor a los demás, y según, de los accidentes usuales que influyen en los hombres, les haya tocado vivir entre algunos determinados que en personas de cierta manera constituidas han de predecir una conocida impresión cierta. «La gran división que pone de un lado a unos seres humanos y conserva a otros, como ornamentos, de otro lado, es la división entre *egoístas y altruistas*, entre aquéllos que viven exclusivamente para su propio beneficio y el pequeño grupo de seres que dependen directamente de ellos, egoístas estos últimos en menor grado y con circunstancia atenuante, y aquéllos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás. El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista.» [11]

O sea, que para el Maestro, hábil conocedor de la naturaleza humana, hay dos tipos humanos, bien delineados según sus actitudes: los egoístas y los altruistas, además de un tipo «intermedio», cuya denominación, dada por el propio Martí, veremos más adelante.

La misma idea de los dos tipos se repite en su artículo sobre «El general Grant», publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, en septiembre de 1885, cuando dice: «Mirando bien se observan dos especies de hombres en perpetua lucha; los que

[11] Martí: Ob. cit., T. 15, p. 395.

arrancan de la Naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios, (. . .) y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos. . .» [12]

Igualmente representativas son sus palabras tomadas de un discurso en elogio a Santo Domingo: «Tiene el mundo *dos razas:* parecida a los insectos la una, la de *los egoístas;* resplandeciente como si en sí llevara luz la otra, la de *los generosos*. . . .» [13]

O éstas de sus «Cuadernos de apuntes»: «*Así se dividen los hombres, en generosos*, que emplean sus talentos en bien ajeno, y en *egoístas*, que los emplean en realizar como primer objeto su propia persona.» [14]

Finalmente veamos esta última cita, también de sus «Cuadernos de apuntes»: «La cuestión de la vida está reducida a una simple frase: o hacer víctimas o serlo. Los hombres se agrupan según tienden a hacerlo *egoístas;* o serlo *mártires:* o a hacerlo y serlo modestamente, sin crueldad ni abnegación señaladas, *indiferentes*.» [15] Vemos la denominación que dio Martí al tipo intermedio que mencionamos al inicio: indiferente, con lo que, junto al egoísta en un extremo y el generoso en otro, quedan claras las ideas martianas sobre la división de los hombres según sus actitudes.

[12] Ídem, T. 1, p. 89.

[13] Ídem, T. 7, p. 308.

[14] Ídem, T. 22, p. 51.

[15] Ídem, T. 21, p. 5.

Estos criterios, vinculados con las actitudes que manifiestan los tres personajes del cuento «Pulgarcito», de Laboulaye, según vimos, nos llevan a pensar que Martí pudo haber visto encarnados en Pulgarcito el tipo generoso, el egoísta en Pablo y el indiferente en Pedro. Parece aseverar nuestro criterio el hecho de que el propio Martí, como demostraremos en nuestro análisis, añadirá en su versión española nuevos elementos y modificará otros, para perfilar más la naturaleza humana de cada personaje, en concordancia con el tipo que representa.

Finalmente es justo aclarar que independiente de los posibles elementos educativos adaptables a sus fines, el cuento de Laboulaye es indiscutiblemente atractivo y original, hecho importante que tampoco soslayaría el Maestro.

Algunas ideas martinas sobre la labor de traducción

En una de sus notas periodísticas para la *Opinión Nacional*, en enero de 1882, Martí expresa: «No traduce bien sino aquél que, por un señalado favor de la naturaleza, tiene el don de reproducir en la mente la época en que el autor traducido escribió y la vida íntima del autor, aquel que tiene los mismos tamaños y gustos del escritor a quien traduce.»[16]

En el prólogo de su traducción del libro *Misterio*, de Hugh Conway, publicado por la Compañía Appleton de Nueva York, en 1886, expresa: «El

[16] Ídem, T. 23, p. 139.

traductor sólo tiene una palabra que decir en cuanto al lenguaje. Traducir no es, a su juicio, mostrarse a sí propio a costa del autor, sino poner la palabra de la lengua nativa al autor entero, sin dejar ver en un solo instante la persona propia.»[17]

Particularmente, esclarecedoras de sus opiniones sobre esta faena son sus notas introductorias a la traducción del libro *Mis hijos*, de Victor Hugo, publicada en una edición especial de la *Revista Universal*, de México, en marzo de 1875. En ellas dice: «Traducir es transcribir de un idioma a otro. Yo creo más, yo creo que traducir es transpensar (. . .) El deber del traductor es conservar su propio idioma (. . .) Traducir es estudiar, analizar, ahondar.»[18] Y finalmente, no conforme con la simple traducción de algunas palabras claves del texto en francés, las cita, junto a una extensa explicación del significado particular con que Victor Hugo las empleara, aclarando: «Salve la explicación lo que el castellano no ha podido salvar.»[19]

Con estas breves notas introductorias hemos querido señalar algo que no puede soslayar el que pretenda investigar una obra traducida por el Maestro; que Martí fue, como en todos los aspectos de su vida, un traductor sobresaliente con sus propias y muy particulares convicciones sobre la materia.

[17] Ídem, T. 24, p. 40.

[18] Ídem, p. 16.

[19] Ídem, p. 19.

Es por ello que al comparar la obra original de Laboulaye con la traducida por Martí, y evaluar sus diferencias, consideramos que éstas podían ser de dos tipos:

1) Aquellas que, aunque sustanciales en forma, no variaban el contenido de la información traducida y fueron consideradas la manera muy especial en que Martí expresó la idea original, basado en sus criterios acerca de lo que debía ser una traducción. Éstas no constituyeron el eje de nuestro análisis.

2) Aquellas debidas, no sólo a una mera interpretación de lo traducido, sino al interés manifiesto de restar ideas que quizás no se compartían, o que no encajaban con los propósitos de la versión traducida ni con el público al cual estaba destinada, o el interés de incorporar ideas nuevas que modificaran, reforzaran o añadieran enseñanzas al cuento o contribuyeran a su calidad literaria.

Estas últimas constituyeron el objetivo fundamental de nuestra investigación, pues son las que reflejan, principalmente, los altísimos valores de la adaptación martiana, que brinda una versión apropiada para el público infantil americano, en justa consecuencia con uno de sus objetivos en *La Edad de Oro*: contribuir a la instrucción de nuestros niños y niñas «sin traducciones vanas de trabajos escritos para niños de carácter y países diversos.» [20]

[20] José Martí: *La Edad de Oro*, Ed. facsimilar, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1979 (p. introductoria).

Para que queden claras los dos tipos de variaciones a que nos referimos, citemos como ejemplo el párrafo que inicia la séptima parte en ambos cuentos:

Dice Laboulaye: «Contar las bodas de la princesa y Pulgarcito sería cosa inútil, todas las bodas se parecen sin que haya más diferencia que las de los días siguientes.» [21] Y Martí traduce: «En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir nada al principio sino luego.» [22]

Este es el caso señalado como tipo 1, en el cual, aunque existe un cambio evidente en la forma, no varía el contenido, pues las dos ideas expresan lo que existe de común en todas las bodas; la ceremonia, y lo que las diferencia: su desenvolvimiento futuro. Sin embargo, si continuamos analizando ambos párrafos, vemos entonces una diferencia del tipo 2, cuando Martí añade: «...no se puede decir nada al principio sino luego, cuando empiezan las penas de la vida, y se ve si los casados se ayudan y quieren bien o si son egoístas o cobardes.» [23]

Es indiscutible que una idea que Laboulaye sólo había sugerido, es ampliada por Martí independientemente del propósito de la traducción, dando así al niño, por usar sus propias palabras, un «concepto de la vida», en este caso relacionado

[21] E. Laboulaye: «Poucinet», en *Contes bleus*, Ed. Nelson, Paris, 1930, p. 164.

[22] Martí: *La Edad de Oro*, ed. cit., p. 15.

[23] Idem, p. 15.

con el matrimonio, acerca del cual hay numerosas alusiones en sus «Cuadernos de apuntes», además de su propia y triste experiencia conyugal.

Finalmente añadiremos que para analizar y entender la versión martiana, nos fue de gran utilidad el poder contar con dos indicaciones sobre la traducción del francés hechas por él mismo a María Mantilla, en carta del 19 de abril de 1895. La primera se refiere al uso de los pronombres: «En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice —tu sabes— *il* est, cuando no hay él ninguno, sino para acompañar a *est*, porque en francés el verbo no va solo; y en español la repetición de estas palabras de persona —del yo y él y nosotros y ellos— delante del verbo, ni es necesaria ni graciosa.» [24]

La segunda trata acerca de cuando debe imitarse el francés que se traduce: «El francés de *L'Historie General* es conciso y directo, como yo quiero que sea el castellano de su traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el modo de decir francés, cuando la frase francesa, sea diferente del castellano.» [25]

Comparación de ambos cuentos

Para comparar ambos cuentos hemos analizado los dos a la vez, paso a paso, en cada una de sus partes. De esta forma pudimos destacar todas las diferencias existentes, tanto las del tipo 1, que

[24] Martí: *Obras completas*, ed. cit., T. 20, p. 217.

[25] Idem, p. 217.

sólo comentaremos cuando consideremos de interés, como las del tipo 2, que, por ser las más importantes, las analizaremos detalladamente, exponiendo en forma de tabla comparativa las ideas expresadas por Laboulaye y por Martí.

A lo largo del trabajo citaremos los fragmentos del cuento de Laboulaye en español, según nuestra traducción. Las primeras diferencias las encontramos ya desde el título, Laboulaye titula su cuento «Poucinet», que puede traducirse como uno de los de Perrault, «Pulgarcito», y aclara su procedencia. En el cuento de Martí se mantiene en el título la alusión a los dedos de la mano, pero cambia por el meñique, quizás por que le gustó más y/o posiblemente interesado en diferenciarlo de los cuentos ya existentes bajo el título de «Pulgarcito», tanto las dos versiones francesas como las numerosas versiones hispanas que ya se habían derivado del cuento de Perrault.

Laboulaye:	*Martí:*
«Pulgarcito». Cuento finés.[26]	«Meñique» Del franeés, de Laboulaye. Cuento de magia, donde se relata la historia del sabichoso Meñique y se ve que el saber vale más que la fuerza.[27]

A continuación, junto a un breve anticipo de la moraleja del cuento, aclara que se trata de un

[26] Laboulaye: Ob. cit., p. 143.

[27] Martí: Ob. cit., p. 7.

«cuento de magia» para justificar así toda la fantasía que va a presentar y diferenciarla de la «magia» de sus otros artículos. Recordemos que *La Edad de Oro* se inicia diciendo: «Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son *magia de veras*, más linda que la otra.»[28]

Parte I

Inicio del cuento

El comienzo de ambos cuentos es clásico, sólo que Martí, como preludio de lo que el niño va a encontrar, añade que los acontecimientos ocurren en «un país extraño».

Laboulaye:	*Martí:*
«Había una vez un campesino que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juan.»[29]	«En un país muy extraño vivió hace mucho tiempo un campesino que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juancito.»[30]

Esto guarda relación con lo señalado justamente por Herminio Almendros: «No es descaminado pensar que Martí puso su intención en desvirtuar la influencia que las imágenes y sucesos mágicos pudieran ejercer en el espíritu de sus pequeños lectores. Y se valió para ello de la forma

[28] Idem, p. 2.

[29] Laboulaye: Ob. cit., p. 143.

[30] Martí: Ob. cit., p. 7.

y el estilo, en los que se ve que el autor habla por pura broma inventada y sin creer en los prodigios que cuenta.»[31]

Presentación de los personajes

Laboulaye:	*Martí:*
«Pedro era grande, gordo, colorado y estúpido; Pablo era flaco, cetrino, envidioso y perverso; Juan estaba lleno de malicia y blanco como una mujer, pero tan pequeño que se hubiera escondido en las grandes botas de su padre; por eso le habían nombrado Pulgarcito.»[32]	«Pedro era gordo y grande, de cara colorada y de pocas entendederas; Pablo era canijo y paliducho, lleno de envidias y de celos; Juancito era lindo como una mujer, y más ligero que un resorte, pero tan chiquitín que se podía esconder en una bota de su padre. Nadie le decía Juan sino Meñique.»[33]

La presentación de los tres personajes es sumamente importante pues, siguiendo las ideas de Laboulaye, Martí los retrata física y moralmente dando desde el inicio sus tres tipos bien diferenciados. Nótese cómo en el caso de Pedro, el indiferente, Martí es menos severo y sustituye «estúpido» por «de pocas entendederas», término éste que da un carácter más humano al personaje que, como veremos, no merece realmente tan mal tratamiento.

[31] Herminio Almendros: «A propósito de La Edad de Oro: los cuentos», en *Acerca de La Edad de Oro*, ed. cit., p. 126.

[32] Laboulaye: Ob. cit., p. 145.

[33] Martí: Ob. cit., p. 7.

En el caso de Pablo sí se mantiene toda la crudeza de los calificativos, aunque son sustituidos por otros que dan similar idea. En la descripción de estos dos primeros personajes, Martí cambia el estilo de Laboulaye, que consistía en decir todos los calificativos seguidos de comas, que resulta monótono, por otro más dinámico, donde combina en pares los adjetivos sueltos y combina otros en frases cortas.

En la descripción de Meñique elimina el término «lleno de malicia», que puede tener entre nosotros distintas connotaciones y la «blancura de mujer», y lo sustituye por otros dos; lindo y ligero, dando así una imagen ágil y simpática de su pequeño personaje, con la cual fácilmente puede identificarse el niño.

Una vez presentados los personajes, ambos cuentos narran la pobre situación del hogar del campesino y Laboulaye pone en boca del padre de los niños las siguientes palabras, que son eliminadas por Martí en su versión:

Laboulaye:

«En el extranjero —les decía— no es fácil ganar el pan, pero hay, mientras que aquí lo que les puede suceder de más felicidad es morir de hambre.» [34]

El Maestro sabía muy bien lo que significaba ganarse el pan en «el extranjero, por todas partes vacío e inseguro»,[35] por ello, además de eliminar este párrafo lo sustituye por otro que refleja una idea opuesta: la nostalgia del que se ve precisado a abandonar su tierra, con todo lo querido que debe dejar en ella:

Martí:

«Les dolió dejar solo a su padre viejo, y decir adiós para siempre a los árboles que habían sembrado, a la casita en que habían nacido, al arroyo donde bebían el agua en la palma de la mano.» [36]

Viene a continuación la primera alusión a los contrastes de clases sociales, pues tras describir la situación de inmensa pobreza de la casa del campesino dice:

Laboulaye:

«Como a una legua de la cabaña tenía el rey del país su palacio: un magnífico edificio todo de madera, con veinte balcones tallados y seis ventanas de cristal.» [37]

A partir de aquí, en que se presenta el palacio real y se narra posteriormente el acontecimiento fantástico que da curso al cuento, el surgimiento de la tierra de un inmenso árbol encantado que dejó a oscuras el palacio del rey, la traducción de Martí es prácticamente textual. Dentro de ello, sin embargo, volveremos a encontrar una diferencia cuando, al hablar de la recompensa del rey, sustituye el tipo de moneda y en vez de escudos (ecus), nombre de las antiguas monedas de oro, dice «pesos», nombre de monedas más a fin a los pequeños lectores para quienes escribe.

34 Laboulaye: Ob. cit., p. 143.

35 Martí: *Obras completas*, ed. cit., T. 3, p. 196.

36 Martí: Ob. cit., p. 7.

37 Laboulaye: Ob. cit., p. 143.

Continúa narrando cómo, además de la situación del árbol, en el palacio real existía el inconveniente de no haber agua, por estar enclavado en una roca. En esta parte la traducción vuelve a ser prácticamente textual y se diferencia nuevamente cuando Laboulaye habla del capricho real:

Laboulaye:	*Martí:*
«El rey se había metido estas dos cosas en la cabeza, y no quería ceder. Con ser sólo un pequeño príncipe, no era menos testarudo que un emperador de China. Es el privilegio del cargo.» [38]	«Los reyes son caprichosos, y este reyecito quería salirse con su gusto.» [39]

Como puede verse la alusión crítica de Laboulaye es más directa y por tanto, no del todo adecuada para la forma en que Martí pretende enseñar al niño. Por ello, elimina lo del «privilegio del cargo» y aunque en lo restante lo traducido refleja la misma idea, recurre, al decir de Herminio Almendros, «al comentario accidental y como de pasada».[40]

A continuación se habla en ambos cuentos del edicto real, pero al referirse a la recompensa ofrecida, la mano de la princesa y la mitad del reino, difieren en dos aspectos importantes:

[38] Idem, p. 144.

[39] Martí: Ob. cit., p. 8.

[40] Almendros: Op. cit., p. 126.

Laboulaye:	*Martí:*
«La princesa era bella como el día, la mitad de un reino no es de desdeñar nunca; había allí con qué tentar a más de un ambicioso. Así, de Suecia y de Noruega, de Dinamarca y de Rusia, de las islas y los continentes vinieron una multitud de robustos obreros.» [41]	«Las tierras eran de lo mejor para sembrar, y la princesa tenía fama de inteligente y hermosa; así es que empezó a venir de todas partes un ejército de hombres forzudos.» [42]

En primer lugar vemos el verdadero y único valor que Martí concede al reino; tierras útiles para trabajar, y en cuanto a la princesa, añade primero el calificativo de inteligente, virtud que para él tiene más valor en la mujer que la belleza. Asimismo elimina toda alusión geográfica, posiblemente interesado en no trasladar el cuento a un contexto determinado o ajeno al público al que se dirige.

Parte II

El inicio de esta segunda parte es diferente en ambos cuentos:

Como aspectos generales pueden señalarse que en la versión martiana se elimina la preocupación general por el asunto del árbol encantado, el pesimismo de los hermanos ante las posibilidades de triunfo, su interés de encontrar «un buen amo», además de un buen trabajo, así como la expresión conformista respecto a sus necesidades.

[41] Laboulaye: Ob. cit., pp. 144/145.

[42] Martí: Ob. cit., p. 8.

Al referirse a los tres hermanos en marcha hacia el palacio, las narraciones difieren:

Laboulaye:
«Un día que en el país se había hablado bastante de este asunto, que trastornaba todas las cabezas, los tres hermanos se preguntaron por qué, si su padre lo consentía, no iban ellos también a tentar fortuna. Con triunfar no contaban apenas, y no pretendían ni a la princesa ni a la mitad del reino; pero ¿quién sabía si no encontrarían, en la corte o en otra parte, una buena plaza y un buen amo? Era todo lo que necesitaban.» [43]

Martí:
«Los tres hijos del campesino oyeron el pregón, y tomaron el camino del palacio, sin creer que iban a casarse con la princesa, sino que encontrarían entre tanta gente algún trabajo.» [44]

En primer lugar, vemos algo en relación con los tipos humanos, de lo cual ya habíamos hablado: el interés martiano de deslindar con mayor visión humana la naturaleza de cada personaje. Para ello añade dos breves líneas al inicio, que no aparecen en el cuento de Laboulaye: «Pedro siempre contento». Refuerza la naturaleza despreocupada de este personaje que, recordemos, responde al tipo indiferente. «Pablo hablándose solo». Indudablemente materializa más el carácter egoísta del tipo que encarna. En cuanto a Meñique, si bien se mantiene la idea de su vivacidad

[43] Laboulaye: Ob. cit., p. 145.
[44] Martí: Ob. cit., p. 8.

e interés de conocimientos, elimina los calificativos «perro de caza» y «ojos de ratón» y los sustituye por «ojos brillantes de ardilla», que resultan más agradable al pequeño lector.

Laboulaye:
«Mientras caminaban, Pulgarcito corría a lo largo del camino, iba y venía como un perro de caza, mirándolo todo, estudiándolo todo, escudriñando en todas partes. Moscas, hierbas, guijarros, nada escapaba a sus ojos de ratón.» [45]

Martí:
«Los tres iban anda que anda, Pedro siempre contento, Pablo hablándose solo y Meñique saltando de acá para allá, metiéndose por todas las veredas y escondrijos, viéndolo todo con sus ojos brillantes de ardilla.[46]

En lo que resta del cuento, la traducción se mantiene prácticamente idéntica. Igual se mantiene, es posible que por su valor original, el esquema de acontecimientos que narra Laboulaye, pues en él, a través de la fantasía, se enseñan valiosos elementos filosóficos y se contribuye a continuar la delimitación de los tres tipos humanos. La secuencia de acontecimientos es la siguiente:

—Se oye o se ve «algo» que es perceptible por todos, sin embargo sólo Pulgarcito se interesa por conocer.

—Pedro le aconseja que desista, que no vale la pena.

—Pablo lo reprende, lo insulta y se burla de él.

—Pulgarcito parte a descubrir el objeto de su interés.

[45] Laboulaye: Ob. cit., p. 145.
[46] Martí: Ob. cit., p. 8.

—Descubre los elementos encantados y mantiene con ellos siempre el mismo diálogo, donde éstos le plantean que estaban «esperando por él».

—Pulgarcito se identifica enseguida con éstos y los «hace suyos». De esta forma «gana algo» que lo prepara para vencer las pruebas futuras.

—Regresa con la alegría propia del que ha descubierto algo útil por sus propios medios.

—Sus hermanos preguntan. Pablo vuelve a regañarlo y ofenderlo, y continúa sus burlas. Pedro le repite lo innecesario de su esfuerzo.

—Pulgarcito da respuestas formales que dejan satisfechos a sus hermanos y guarda para sí el verdadero secreto.

Veamos, como ejemplo, la primera secuencia de hechos del cuento de Laboulaye, cuando se escucha el ruido del hacha: «Haciendo camino, entraron en un gran bosque de abetos que cubría una montaña. En lo alto escucharon el ruido de un hacha, un crujido de ramas que caían.

—Me sorprende tanto que alguien derribe árboles en la cresta de una montaña, dijo Pulgarcito.

—Y a mí me sorprendería que tú no te sorprendieras, respondió Pablo en un tono seco. Todo es maravilloso para los ignorantes.

—¡Hijo!, se diría que tú no has visto nunca a un leñador, añadió Pedro golpeando la mejilla de su pequeño hermano.

—Es igual, dijo Pulgarcito, tengo curiosidad de ver qué pasa allá en lo alto.

—Ve, dijo Pablo, cánsate, eso te servirá de lección, pequeño vanidoso que quieres saber más que tus hermanos mayores.

»Pulgarcito no se inquietó apenas por las advertencias; trepó, corrió escuchando de dónde venía el ruido y se dirigió a esa dirección.

Cuando llegó a lo alto de la montaña, ¿qué creen ustedes que encontró? Un hacha encantada, que totalmente sola y por su gusto cortaba un pino de los más grandes.

—Buenos días, señora hacha, dijo Pulgarcito. ¿No está usted aburrida de estar aquí tan sola cortando ese viejo árbol?

—Hace muchos años que te espero, hijo mío, respondió el hacha.

—Pues bien, aquí estoy, dijo Pulgarcito.

Y, sin asombrarse de nada, tomó el hacha, la metió dentro de su gran saco de cuero y descendió alegremente.

—¿Qué maravilla vio allá en lo alto el señor sorprendido?, dijo Pablo mirando a Pulgarcito con aire desdeñoso.

—Era el hacha que oíamos, respondió el niño.

—Te lo dije, respondió Pedro, hete aquí sudando por nada; hubieras hecho mejor en quedarte con nosotros.[47]

Como se puede observar, se acentúa aún más el carácter egoísta y envidioso de Pablo y el pasivo e indiferente de Pedro, así como el valor del afán de conocimientos de Pulgarcito, que lo lleva a descubrir, él solo, cosas útiles que en realidad están al alcance de todos.

Aunque estos hechos se repiten casi de la misma forma en ambos cuentos vemos, sin em-

[47] Laboulaye: Ob. cit., pp. 146/147.

bargo, algunas diferencias. En el de Laboulaye, al aparecer los elementos encantados, Pulgarcito, según vimos en la cita anterior, dice siempre: «Me sorprende tanto que...» lo que es sustituido por Martí con: «Yo quisiera saber por qué (o quién, o dónde...)»,[48] o sea, modifica la idea de sorpresa por otra más directa: «quiere saber».

Otro aspecto interesante es la pregunta que aparece cuando Pulgarcito llega a donde están los elementos encantados, y que puede verse en la cita de la secuencia de acontecimientos: «¿Y qué creen ustedes que encontró?» Martí la sustituye por: «¿Y qué encontró Meñique en lo alto del monte?» [49]

La interrogante de Laboulaye es hecha como por alguien que se encuentra narrando efectivamente un cuento y, de esta forma, se crea cierta distancia entre el narrador y el lector. Martí, junto a sus pequeños lectores, se introduce en el cuento y entre ellos pregunta, como si él mismo desconociera qué es lo que ha encontrado Meñique.

Además, cuando el pequeño personaje ha descubierto los elementos encantados y regresa, Laboulaye repite en los tres casos: «descendió alegremente». Martí materializa esa alegría y traduce: «...y bajó del monte brincando y cantando».[50] «Y se volvió por donde vino saltando y cantan-

48 Martí: Ob. cit., pp. 8/9.

49 Idem, p. 8.

50 Ibídem.

do.» [51] «Y bajó por aquellas piedras retozando y cantando.» [52]

Finalmente veremos algo que se repetirá también en otras partes: la eliminación de alusiones religiosas, al quitar las palabras de Pablo: «...un día de estos este impertinente dará una lección al buen Dios en persona.» [53]

Parte III

En esta parte ambas versiones cuentan de igual forma cómo a la llegada de los hermanos al palacio nadie había podido aún derribar el árbol ni abrir el pozo. Una diferencia la vemos al mencionar el cartel real que ofrecía la recompensa:

Laboulaye:	*Martí:*
«...a cualquiera que, noble, burgués o campesino, ejecutara las dos cosas...» [54]	«...a quienquiera que cortase el árbol y abriese el pozo, fuera señor de la corte, o vasallo acomodado, o pobre campesino...» [55]

Nótese cómo Martí refuerza el contraste de clases sociales dejando bien claro al niño que el «señor» pertenece a la corte, que el «vasallo» es acomodado y que el «campesino» es siempre pobre.

51 Idem, p. 9.

52 Ibidem.

53 Laboulaye: Ob. cit., p. 148.

54 Idem, p. 149.

55 Martí: Ob. cit., p. 9.

Más adelante, una vez que los dos hermanos no han podido derribar el árbol, les han cortado las orejas por ello, toca el turno al más pequeño y el rey manda a que lo echen, la respuesta de ésto es diferente en ambos cuentos:

Laboulaye:	*Martí:*
«Perdón, Majestad, dijo Pulgarcito; un rey no tiene más que su palabra...» [56]	«Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, señor rey...» [57]

O sea que a través de las palabras de Meñique, Martí coloca al rey en su verdadero nivel, al igualar su palabra a la de cualquier hombre, a la vez que señala el valor de la palabra empeñada.

Por otra parte, durante las conversaciones con el rey la forma en que se expresa Pulgarcito es algo servil, no así la de Meñique, que llega a tutear al rey y sin dejar de ser cortés ni propasar la distancia de clases que obligadamente debe mantener, no entra en frases de adulación. Esta actitud, por supuesto, está más acorde con el tipo que representa. Veamos los diálogos:

Laboulaye:	*Martí:*
«¿Está satisfecha Vuestra Majestad de su fiel esclavo? —dijo.» «Sí, dijo el rey; pero me hace falta mi pozo, o sino ¡cuida tus orejas!»	«Dígame el rey ahora dónde quiere que le abra el pozo su criado?»

[56] Laboulaye: Ob. cit., p. 151.

[57] Martí: Ob. cit., p. 10.

«Que Vuestra Majestad tenga a bien indicarme el lugar que le conviene, dijo Pulgarcito; yo probaré una vez más de ser agradable a mi soberano.»	
«Vuestra Majestad, dijo Pulgarcito, saludando al rey, ¿encuentra usted que este pozo sea bastante hondo?»	«Le parece a mi rey que este pozo es bastante hondo?»
«Sí, cierto, dijo el rey; pero le falta el agua». «Que Vuestra Majestad me conceda un minuto, dijo Pulgarcito, y su justa impaciencia será satisfecha.»	«Es hondo, pero no tiene agua.» «Agua tendrá, dijo Meñique.»
«Señor, dijo Pulgarcito poniendo rodilla en tierra delante del trono real, ¿encuentra Vuestra Majestad que he cumplido con sus condiciones?	«Y ahora, dijo Meñique poniendo en tierra una rodilla, ¿cree mi rey que he hecho todo lo que me pedía?
«Sí, Marqués Pulgarcito, respondió el rey; yo estoy presto a concederte la mitad de mi reino, o a pagarte el precio, por medio de un impuesto que mis fieles vasallos estarán felices de pagar; pero para darte a la princesa y llamarte mi yerno, es asunto que no depende de mí solo.»	«Sí, Marqués Meñique, respondió el rey; y te daré la mitad de mi reino, o mejor te compraré lo que vale tu mitad, con la contribución que le voy a imponer a mis vasallos, que se alegrarán mucho de pagar por que su rey y señor tenga agua buena, pero con mi hija no te puedo casar, porque esa es cosa en que yo sólo no soy dueño.»
«¿Qué hace falta hacer?,	«¿Y qué más quiere que

preguntó Pulgarcito, poniendo el puño en la cadera y mirando a la princesa.» [58]

haga, rey?, dijo Meñique, parándose en la punta de los pies, con la manecita en la cadera, y mirando a la princesa cara a cara.» [59]

Nótese cómo Pulgarcito dice siempre «Vuestra Majestad» y lo rodea de frases de adulación. Las respuestas de Meñique son directas y secas, e incluso al final trata al soberano con extrema confianza, molesto por sus evasivas. Deben destacarse también las actitudes que van personificando al monarca y mostrando su verdadera naturaleza. En primer lugar, la inconformidad y el capricho durante los trabajos de Meñique. En segundo, cómo a pesar de lo prometido no cumple nada, pues plantea que no puede decidir solo el darle a la princesa y, además, no da las tierras sino que pagará su precio imponiendo una contribución a sus vasallos.

También se reitera la eliminación de las alusiones religiosas:

Laboulaye:
«...la princesa se puso un poco más bajo que su padre y comenzó a mirar con cierta inquietud al pequeño marido que el cielo le enviaba.» [60]

Martí:
«...la princesa tenía su silla en un escalón más abajo y miraba con susto a aquel hominicaco que le iban a dar por marido.» [61]

[58] Laboulaye: Ob. cit., pp. 151/153.

[59] Martí: Ob. cit., p. 10.

[60] Laboulaye: Ob. cit., p. 152.

[61] Martí: Ob. cit., p. 10.

Al final de esta parte se pone de manifiesto la generosidad del pequeño, que se ocupa de sus hermanos, aunque Pablo, en concordancia con lo que es de esperar de él, no reconoce sus éxitos, a diferencia de Pedro que, como señalamos al principio, si bien es un personaje con una actitud pasiva, encierra en el fondo un noble corazón.

Parte IV

En el inicio de la cuarta parte se observan diferencias interesantes:

Las palabras de Laboulaye, como ya habíamos observado, son aleccionadoras: detienen el hilo del cuento por un instante para dar una lección. La traducción martiana es más fluida, sin carácter explícito de lección y reforzada por algunos elementos importantes. En primer lugar, señala la causa del desvelo real en el disgusto, pero añade que no era por agradecimiento, sentimiento que realmente era lo que debía sentir el monarca, y seguidamente, recurriendo de nuevo al comentario de pasada, dice: «Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió.» Esto elimina el aire de moraleja educativa de Laboulaye y expresa, en definitiva, como son los reyes, lo que sigue dando elementos acerca de su naturaleza.

A continuación, cuando el rey decide llamar a los hermanos para indagar sobre el pequeño, los cuentos difieren:

Laboulaye:
«Entrados en sus habitaciones, el rey no dormía.

Martí:
«El rey no pudo dormir aquella noche. No era el

Un yerno como Pulgarcito no le complacía mucho. Su Majestad buscaba la manera de como podía no sostener su palabra sin parecer que había faltado a ella. Para la gente honesta es una tarea difícil. Puesto entre su honor y su interés jamás un pícaro duda. Precisamente por esto es que era un pícaro.» [62]

agradecimiento lo que le tenía despierto, sino el disgusto de casar a su hija con aquel picolín que cabía en una bota de su padre. Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió y le estaban zumbando en los oídos las palabras del Marqués Meñique: «Señor Rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, rey.» [63]

La idea es la misma en ambos cuentos, sólo que Martí añade al final un breve concepto de la vida, en este caso sobre la educación.

Los comentarios de ambos hermanos sobre el pequeño son diferentes:

Laboulaye:
«En su ansiedad, el rey mandó a llamar a Pedro y a Pablo; sólo los dos hermanos podían hacerle conocer el origen, el carácter y las costumbres de Pulgarcito.» [64]

Martí:
«Mandó el rey a buscar a Pedro y a Pablo, porque ellos no más podían decir quiénes eran los padres de Meñique, y si era Meñique persona de buen carácter y modales finos, como quieren los suegros que sean sus yernos, porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y la retama.» [65]

[62] Laboulaye: Ob. cit., p. 154.

[63] Martí: Ob. cit., p. 11.

[64] Laboulaye: Ob. cit., p. 154.

Martí aprovecha la idea de Laboulaye para añadir elementos que continuarán reforzando la naturaleza de sus tipos humanos. En el caso de Pedro dice prácticamente lo mismo, lo que nos habla de la naturaleza bondadosa del personaje, pero en el caso de Pablo añade el calificativo de «pedante» a «aventurero», así como tres frases ofensivas más, que dan una cierta nota de humor al texto y reflejan mejor aún la naturaleza perversa y malintencionada del personaje. Además se manifiesta otra característica de Pablo; la adulonería, al considerar una honra que le hubiera cortado las orejas. Es interesante notar cómo el perverso Pablo, sin perder las distancias de clases que él mismo acentúa, es quien resulta más afín al deshonesto monarca que, en definitiva, no es más que un egoísta con poder.

Tras la conversación dice el soberano:

Laboulaye:
«Pedro hizo elogios de su pequeño hermano, lo que encantó a medias a Su Majestad; Pablo puso al rey más satisfecho probándole que Pulgarcito no era más que un aventurero y que sería ridículo que un gran príncipe se creyera obligado con un villano.» [66]

Martí:
«Pedro dijo de Meñique muchas cosas buenas, que pusieron al rey de mal humor; pero Pablo dejó al rey muy contento porque le dijo que el Marqués era un pedante aventurero, un trasto con bigotes, una uña venenosa, un garbanzo lleno de ambición, indigno de

[65] Martí: Ob. cit., p. 11.

[66] Laboulaye: Ob. cit., p. 154.

«casarse con señora tan principal como la hija del gran rey, que le había hecho la honra de cortarle las orejas.»[67]

En la última parte Martí continúa añadiendo elementos desfavorables al personaje real, quien «sonreía en sueños» sabiendo que ya tenía el pretexto para intentar deshacerse de Meñique.

La narración que sigue vuelve a ser prácticamente textual en los dos cuentos. El rey llama a Meñique y le plantea la tarea de buscar al gigante como regalo para la princesa. En la respuesta del pequeño se ven diferencias:

Laboulaye:
«Eso es lo que nosotros veremos, dijo el rey. Dicho esto, despidió a los dos hermanos y durmió tranquilamente.»[68]

Martí:
«Eso es lo que vamos a ver, dijo el rey satisfecho. Y durmió tranquilo lo que le faltaba de la noche.»[69]

Se repite lo ya señalado acerca de las diferencias en el tratamiento Pulgarcito y Meñique que dan al rey.

Laboulaye:
«Esto no es fácil, dijo Pulgarcito, pero para complacer a su Alteza, probaré.»[70]

Martí:
«No es cosa fácil, respondió Meñique, pero trataré de regalarle al gigante...»[71]

67 Martí: Ob. cit., p. 11.
68 Laboulaye: Ob. cit., pp. 154/155.
69 Martí: Ob. cit., p. 11.
70 Laboulaye: Ob. cit., p. 155.
71 Martí: Ob. cit., p. 12.

Cuando el pequeño parte, la actitud de ambos hermanos es igual en ambos cuentos y consecuente con sus características humanas. Pedro llora pero no es capaz de acompañarlo en la difícil empresa. Es claro que de hacerlo hubiera salido del marco de su tipo humano. Pablo reía, lo que ya a esta altura del cuento remata de forma acabada su naturaleza egoísta envidiosa y perversa. Como ya habíamos señalado al inicio, esta es la última vez que aparece Pedro, y Pablo sólo volverá a aparecer al final. Queda Pulgarcito (Meñique) como único y principal protagonista de la acción del cuento.

En lo relacionado con Pulgarcito y el gigante, que es la acción que sigue, la traducción es casi textual, aunque por supuesto matizada por notables arreglos literarios que no discutiremos por no pertenecer a lo esencial de nuestro análisis.

Parte V

En esta parte se narra la llegada del pequeño personaje con el gigante y cómo ante esto el rey plantea a la princesa que debe sacrificarse por su palabra. La princesa somete a su pretendiente a un juego de mentiras, del que sale airoso por su astucia, ya que logra herirla en su orgullo de clase al referirse de forma irrespetuosa hacia el rey, durante el juego, lo que la hace exclamar las palabras que la harían perder.

Las narraciones son prácticamente iguales y sólo se observan dos diferencias. Una es cuando la princesa responde a su padre el rey:

Laboulaye:
«...princesa o no, a toda mujer le gusta casarse siguiendo su gusto; déjame defender mis derechos a mi manera.»[72]

Martí:
«Hija de rey e hija de campesino –respondió ella–, la mujer debe casarse con quien sea de su gusto. Déjame, padre, defenderme en esto que me interesa.»[73]

Se observa aquí un concepto de la vida, sobre la elección de la pareja y la igualdad de la mujer, independiente de su clase social. Además, Martí manifiesta cómo la actitud de Meñique ha logrado despertar interés en la princesa. En segundo lugar, cuando se inicia el juego de mentiras, durante el cual el gigante está junto a su pequeño amo, Laboulaye dice: «Era la fuerza al servicio del talento»,[74] donde se nota nuevamente el tono de lección ya mencionado.

Parte VI

En esta parte la princesa decide finalmente poner a su pretendiente tres enigmas, que son adivinados por él, obteniendo así su mano. La traducción es textual salvo que durante el tercer enigma, Martí elimina una de las cuatro preguntas de Laboulaye, junto a su correspondiente respuesta.

72 Laboulaye: Ob. cit., p. 160.

73 Martí: Ob. cit., p. 14.

74 Laboulaye: Ob. cit., p. 161.

Parte VII

La boda

Las diferencias del inicio de esta séptima parte ya fueron explicadas al tomarlas como ejemplo, por lo que no añadiremos más comentarios.

Laboulaye:
«Contar las bodas de la princesa y Pulgarcito sería cosa inútil, todas las bodas se parecen sin que haya más diferencia que la de los días siguientes.»

Martí:
«En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir nada al principio sino luego, cuando empiezan las penas de la vida, y se ve si los casados se ayudan y quieren bien o si son egoístas y cobardes.»

Seguidamente ambos cuentos refieren de manera similar los sucesos de la boda y la alegría del gigante, aunque Martí elimina «la salida de la iglesia»,[75] de la misma forma que antes había suprimido otras alusiones religiosas. También la descripción de la fiesta está mucho más enriquecida en la versión martiana, pues añade elementos que dan más colorido a la escena.

Como ya habíamos señalado, aparece nuevamente la figura de Pablo:

Laboulaye:
«...un solo hombre, escondido en una esquina, se

Martí:
«Pero en un rincón había uno que no hablaba ni

75 Ídem., p. 164.

divertía de manera en nada parecida a la del resto del mundo; era Pablo. Se sentía feliz de que le hubieran cortado las orejas, porque estaba sordo y no escuchaba los elogios prodigados a su hermano; en desquite, se sentía infeliz de no ser ciego, pues tenía que ver la sonrisa de los dos esposos. Así, terminó por huir al bosque, donde fue comido por los osos; yo le deseo otro tanto a todos los envidiosos.»[76]

cantaba, y era Pablo, el envidioso, el paliducho, el desorejado que no podía ver a su hermano feliz, y se fue al bosque para no oír ni ver, y en el bosque murió porque los osos se lo comieron en la noche oscura.»[77]

Como vemos, ambos cuentos mantienen la idea del final terrible del envidioso, sin embargo nuevamente se observa el tono de lección moralizante de Laboulaye, en sus palabras finales. La idea de Martí es más fluida, elimina algunos detalles, se refiere más claramente a la «muerte» de Pablo, a la vez que menciona de nuevo sus características físicas como reflejo de su catadura moral y añade «la noche oscura», que da una nota de mayor dramatismo al final del envidioso personaje. El resto del cuento se dedica a poner de relieve el resultado de la actuación del pequeño personaje, en concordancia con las actitudes positivas que ha mantenido. Así, en ambas versiones se narra cómo a pesar de su pequeño tamaño se ganó el cariño de su mujer y de la corte

[76] Ídem, p. 165.

[77] Martí: Ob. cit., p. 16.

entera, pero nuevamente vemos diferencias importantes:

Laboulaye:

«Después de la muerte de su suegro, ocupó el trono durante cincuenta y dos años sin que jamás nadie un solo día deseara una revolución. Sería increíble si ello no estuviera atestiguado por las crónicas oficiales de su reino. Tenía tanta delicadeza, dice la historia, que adivinaba siempre lo que podía servir o complacer a cada uno de sus siervos; era tan bueno, que el placer ajeno era toda su alegría. No vivía más que para los demás.»[78]

Martí:

«...cuando murió el rey, entró a mandar, y estuvo de rey cincuenta y dos años. Y dicen que sus vasallos nunca quisieron más rey que Meñique, que no tenía gusto sino cuando veía a su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de su trabajo para dárselo, como otros reyes, a sus amigos holgazanes, o a los matachines que los defienden de los reyes vecinos. Cuentan de veras que no hubo rey tan bueno como Meñique.»[79]

Como puede verse, el enfoque de la bondad del pequeño es diferente; en Laboulaye es simplemente un hombre bueno, mientras que en Martí vemos relacionados los sentimientos de Meñique con sus funciones como gobernante, de modo tal que su comportamiento difiere totalmente del de los clásicos reyes. Meñique es ante todo un gobernante justo y honesto, que se preocupa por su pueblo.

Además, elimina la aseveración de Laboulaye en torno a la ausencia de una revolución, posible-

[78] Laboulaye: Ob. cit., p. 165.

[79] Martí: Ob. cit., p. 16.

mente motivada en el autor francés por los acontecimientos de la Revolución Francesa, pero que para Martí debe haber tenido, desde su punto de vista, un carácter contradictorio, pues era bien conocido del Maestro que las monarquías eran formas de gobierno representativas de un orden social decadente, destinado a desaparecer. Tales concepciones aparecen incluso en *La Edad de Oro*, en su artículo «La Exposición de París», donde en referencia a la revolución democrático burguesa de 1789, dice:

«Hasta hace cien años, los hombres vivían como esclavos de los reyes. Francia fue el pueblo bravo, el pueblo que se levantó en defensa de los hombres, el pueblo que le quitó al rey el poder. Eso fue hace cien años, en 1789, Fue como si se *acabase un mundo* y *empezara otro*. Ni en Francia; ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes.» [80]

O sea, que explica la situación de injusticia social prevaleciente en el régimen feudal, el cambio revolucionario brusco y radical, que echó abajo ese mundo y lo sustituyó por otro, que si bien era más justo, y tuvo como ejemplo una repercusión mundial, no era aún el idóneo, pues los hombres seguían siendo esclavos, aunque no tanto. Vemos así profundas concepciones en torno a lo que hoy conocemos como Ley de los cambios de formaciones económico-sociales, la cual explica, entre otros aspectos, que aunque existe una ganancia en condiciones de vida para el trabajador, del sistema feudal al capitalista, en el último el trabajador continúa siendo un esclavo asalariado. Por ello, no es extraño que Martí elimine totalmente la idea de Laboulaye.

[80] Idem, p. 66.

Finalmente, los cuentos concluyen con diferencias importantes:

Laboulaye:	*Martí:*
«¿Pero por qué alabar su bondad? ¿No es la virtud de las gentes de talento? Por más que se diga no hay estúpidos buenos en este bajo mundo; solamente hablo de los estúpidos con dos pies y sin plumas. Cuando se es estúpido no se es bueno, cuando se es bueno no se es estúpido: crean mi vieja experiencia. Si todos los imbéciles no son malos, lo que yo dudo, todos los malos son imbéciles. Esta es la moraleja de mi cuento. Puede ser tan buena como cualquier otra. El que encuentre una mejor, la iré a contar a Roma.» [81]	«Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón, el que tiene buen corazón, ése es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarla a Roma.» [82]

En primer lugar vemos cómo se mantiene en ambas la relación entre la aplicación consecuente de la inteligencia y el ejercicio de la bondad, explicado por Martí, como todo el cuento, de forma

[81] Laboulaye: Ob. cit., pp. 165/166.

[82] Martí: Ob. cit., p. 16.

sencilla y sin el aire de lección de Laboulaye, que aquí llega a su clímax e incluso se refiere a la moraleja de su cuento y saca, como en otras partes, sus opiniones personales.

Martí añade una frase importante: «los buenos son los que ganarán a la larga». Conoce, e incluso ha reflejado en *La Edad de Oro*, en figuras como por ejemplo el Padre de las Casas, que hay veces que circunstancias históricas concretas no permiten el triunfo de las ideas buenas y es necesario esperar condiciones propicias.

Conclusiones

En este trabajo hemos tratado de abarcar las diferencias fundamentales entre ambos cuentos, aunque quedan por exponer muchos aspectos, particularmente en lo literario, que no hemos podido abordar por problemas de tiempo. Además, durante nuestra exposición hemos empleado varias veces la expresión «prácticamente textual», para indicar que no existen profundas diferencias argumentales lo que no quiere decir que no existan otras diferencias sutiles, tanto de contenido como de forma que merecen, sin duda, su análisis.

No obstante consideramos que con lo discutido, queda demostrado que los dos aspectos educativos señalados, los contrastes de clases y el elemento antimonárquico y los tipos humanos, tienen gran valor en la versión original son efectivamente empleados y enriquecidos por Martí para dar profundas enseñanzas.

Las diferencias discutidas pueden resumirse en tres tipos básicos:

SUSTITUCIÓN: Cuando ocurre un cambio parcial o total en la estructura dada por Laboulaye y es sustituida por una nueva. Son ejemplo de ello, entre otros, la sustitución de una mejor posibilidad de vida en el extranjero por la nostalgia de la partida, el cambio del tipo de moneda, y el cambio en la valoración de la figura de la princesa y el reino.

ELIMINACIÓN: Cuando la idea original de Laboulaye es eliminada totalmente en la versión traducida y no aparece en forma alguna. Tal es el caso, entre los principales, de la eliminación de las alusiones religiosas, la jerga palaciega y adulona de Pulgarcito y el tono didáctico-moralizante que emplea Laboulaye en momentos claves del cuento.

ADICIÓN: Cuando Martí incorpora elementos que no aparecen en ninguna forma en la versión francesa. Son ejemplo, por citar algunos, la inclusión de distintos conceptos de la vida, el perfilamiento de los tipos humanos con características positivas o negativas que deslinden mejor las fronteras de cada personaje y el reforzamiento de los contrastes de clases sociales.

En relación con los tipos humanos puede añadirse que los personajes martianos están mucho más humanizados. En Meñique se mantiene el afán de conocimientos, la valentía, la inteligencia y la abnegación de Pulgarcito, pero el personaje de Martí es más decidido, firme y seguro de sí ante la princesa y el rey. Tiene también un aire

más heroico y su actitud generosa y desinteresada lo pone al servicio de sus funciones como gobernante, para reinar con mayor justicia que otros reyes. En el polo opuesto, el personaje de Pablo, al cual Martí incrementa notablemente su dosis de perversidad y mala intención, resulta sin duda alguna totalmente rechazable por el niño.

Por otra parte la crítica antimonárquica martiana es más sutil, presentando al rey, sin decirlo, como un personaje caprichoso, inconforme y deshonesto, tan perverso como el propio Pablo, pues en definitiva no es más que un egoísta con poder. Asimismo, la alusión de clases sociales se acentúa presentando un esquema bien definido con pobres y ricos.

Como último elemento cabe destacar la eliminación de alusiones religiosas en la versión martiana, lo que encaja perfectamente con el tratamiento que da Martí a este tema en *La Edad de* Oro.

Finalmente la versión martiana es fluida y amena y no presenta en ningún momento el aire de moraleja educativa que adopta en ciertas partes el cuento francés, aunque no descontamos que en algún caso un conocimiento imperfecto del idioma francés pueda habernos conducido a errores de interpretación.

Puede concluirse por tanto que estas diferencias son sustanciales y hablan de los bien definidos propósitos educativos de Martí, que lo llevan no sólo a sustituir o eliminar ideas no adecuadas para su público, sino a adicionar nuevos elementos que enriquecen desde el punto de vista humano y revolucionario la nueva versión.

Reconocimientos

Deseamos expresar nuestro agradecimiento a la profesora Ester Pérez, de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana, por sus sugerencias durante la revisión de nuestra traducción del francés, a Marta Machado, de la Biblioteca del Instituto de Oceanología, y a Elsa Sánchez, de la Biblioteca Nacional «José Martí», por su entusiasta ayuda en la localización y obtención de algunas referencias bibliográficas.